

Luego, el Anticristo, cuya existencia no ha de prolongarse mas allá de cincuenta y cinco y medio años, perseguirá la Iglesia durante tres años, seis meses, y once y medio días, hasta el instante en que caiga derribado por el rayo de la justicia divina. Su fin horrible acaecerá en el primero, ó segundo mes, del año 1915, lo que fija su nacimiento en la mitad del año 1859. Los cuarenta y cinco días, que seguirán inmediatos á su caída, serán aún infaustos, con motivo de los diez gefes militares que la habrán sucedido en el poder, y continuado por algun tiempo la encarnizada lucha contra el Cordero (Apoc. XVII, 14); empero, se restablecerá, finalmente, la calma, pasados cuarenta y cinco días, conforme á las palabras siguientes: *(Beatus qui expectat et pervenit usque ad dies mille trecentos triginta quinque. DAN. XII, 11.)*

XV. ¿En qué año será destruido el imperio Mahometano, y reducido á una sola testa coronada? Es el único punto que nos falta examinar, para dejar tratadas todas las materias de este capítulo.

En el capítulo XIII, 5, del Apocalypsi, nos dice San Juan, que la bestia primera de siete cabezas, y diez cuernos, ejercerá su poder por espacio de cuarenta y dos meses, que forman tres y medio años, equivalentes, insiguiendo el sistema lunar, á mil doscientos cuarenta y un días; á mil doscientos sesenta días, adoptando el sistema griego, que cuenta en el año trescientos sesenta días, y treinta días en cada uno de los doce meses; y mil doscientos setenta y ocho y medio días, conformándonos con el sistema solar *(Et data est ei potestas facere menses quadraginta duos, cap. XIII, 5)*.

Al formar el cálculo del tiempo, que se para á Mahoma de la persecucion del Anticristo, hémonos conformado con el sistema solar, que es el católico, porque ese tiempo, principal y directamente interesa á la Iglesia católica, por cuya razon debia ajustarse la cuenta al cómputo eclesiástico que le es propio. Mas, cuando se trata de la duracion del imperio de Mahoma, cosa que por cierto á nadie más principalmente que á sus sectarios interesa y afecta, es

lógico, y hasta racional, que para el cálculo nos sujetemos á su Calendario, que es lunar, diciendo: que los cuarenta y dos meses, que descompuestos suman mil doscientos cuarenta y un días, nos presentan mil doscientos cuarenta y un años; y si á estos añadimos los 621, punto de partida de la Egipta (1), tendremos, que cerca del año 1862, debe empezar, cuando ménos, la destruccion efectiva de ese imperio.

Para fijar las fechas, hemos tenido presentes las relaciones que existen entre los sistemas solar y lunar; y no podia ser de otro modo; porque los métodos que en sus cuentas observan los Mahometanos, ni son fijos, ni están de acuerdo entre ellos. Tenemos la certeza de que el primer año de la Egipta es el 622; segun nuestro Calendario, este dato nos hubiese conducido al año 1235 solar; y, sin embargo, entre los Musulmanes, los unos quieren, que en el año 1858 nos hallamos en el año 1273, y otros se obstinan en que nos encontramos en 1265.

Entre los cristianos, puede citarse Chalcondre, ateniense, súbdito, por consiguiente, de la Puerta, quien, en su *Historia de los Turcos*, t. II, p. 826, se expresa en estos términos: «Diose (la batalla de Lepanto) un domingo, dia 7 de Octubre del año de gracia de 1571, y de la Egipta 977». Ateniéndonos á la cita histórica, segun nuestro sistema solar, á la fecha de aquella memorable batalla, la Egipta perdía ya veinte y ocho años; porque si nos conformamos al cómputo de nuestro Calendario, solo se habian transcurrido novecientos cuarenta y nueve años desde la fuga de Mahoma, hasta aquella época; siendo la diferencia que existe entre 1571 y 622; de novecientos cuarenta y nueve años, y, por consiguiente, actualmente (en 1858), contaría la Egipta el año 1274.

Por otra parte, los actos emanados de la orgullosa potencia, que desde largo tiempo se hace llamar la Sublime-Puerta, y los del Shah de Persia, á últimos del año 1856, nos señalan la misma fecha, toda vez, que en el año 1858 cuentan el 1274 de la Egipta.

(1) Hablamos aquí de la Egipta, porque se trata de la duracion del imperio Mahometano, que fué fundado doce años antes de la muerte de Mahoma.

ARTICULO I.

I. La quinta Iglesia es la de Sardis. Su nombre indica lo que es esa Iglesia. No convenimos con Holzauser, quien, en el tom. I. p. 251, trad. de Wulleret, dice, que significa principio de belleza; al contrario, tenemos por cierto, que indica algo desagradable, amargo; y para ello nos fundamos, en que la expresion *risa cardómica*, significa una risa forzada, violenta, parecida á la de las personas que habian comido cierta yerba que crece en las costas de la isla de Cerdeña, los cuales cerraban los dientes de modo, que parecian reírse, en el momento mismo que exhalaban el poder suspiro.

II. Además; la historia entera de esta Iglesia, tal cual la describe San Juan, en los primeros versículos del capítulo III del Apocalypsi, hace muy probable, y casi cierta, la explicacion que del nombre de Sardis acabamos de dar. La exposicion que de la misma hace Holzauser, no difiere sustancialmente de la nuestra.

El Hijo del hombre, que tiene los siete espíritus de Dios (los siete dones del Espíritu Santo), y en su diestra las siete estrellas (las siete Iglesias), dirjese á la misera Iglesia de Sardis, á sus pastores, no ménos que á su grey, pero de un modo especial á los primeros *(Hec dicit qui habet septem spiritus Dei et septem stellas, APOCAL. III, 1)*, y les dice: Conozco vuestras obras *(Scio opera tua, v. 1)*, y no las hallo cabales en presencia de mi Dios *(Non enim invenio opera tua plena coram Deo meo; v. 2)*, porque las habeis sin fervor, sin celo, con negligencia, casi maquinalemente y por costumbre. Hase enfriado vuestra piedad, ha decaído vuestro primitivo fervor; os habeis separado de la senda de mis consejos, para seguir las ideas y las teorías de los hombres; guiados únicamente por las aspiraciones terrenas, por el bienestar material, habeis perdido de vista el derecho que os domina, y que exiendría necesariamente el deber. Os habeis forjado, en vuestros adentros, pretextos insensatos, que calificais de motivos razonables, para contemporar con el mal y el error; pretendiendo vivir con ellos en paz, cuando podiais y debiais impedirlos y preservar de ellos á los pue-

Con todo, Abd-el-Kader, sigue un método diferente de computar; y en 1858, en un documento oficial, viene estampando la fecha del año 1265 de Mahoma. Su carta de 1.º Enero de 1854 al alcalde de Amboise, publicada en los periódicos franceses, y particularmente en el número correspondiente al 31 del propio mes, del *Nouveliste* de Marsella; lleva la fecha del día de *rabi-el-tant*, del año 1260 de la Egipta. Ahora bien; si el año 1854 corresponde al 1260 de la Egipta, el año 1858, despues del mes de Abril, pertenece ya al 1265.

Damos la preferencia á la suputacion del Sultan, y del Shah de Persia, por ser más oficial, y por esta misma razon, más exacta; y permitasenos advertir á nuestros lectores, que si el imperio Turco desaparece en 1862, ó en 1863, habrá subsistido mil doscientos cuarenta y un años solares, y mil doscientos setenta y ocho y medio lunares; de suerte, que no media otra diferencia, entre la distancia que separa la muerte del profeta de la Meca, del principio de la persecucion del Anticristo, y la que prejia la duracion del imperio Turco, que los doce años del reino del mismo Mahoma; y que los mil doscientos setenta y ocho y medio años del primer cómputo, son solares, mientras que los del segundo son lunares.

CAPÍTULO II.

LA QUINTA EDAD DE LA IGLESIA.

Despues de las cuatro primeras edades, en cuyo dilatado periodo brillan la virtud, la divinidad, la sabiduria y el poder de Jesucristo y de su Iglesia; llega una época sin igual en los siglos cristianos, á causa de la prostracion, de las defecciones y de la apostasia que la caracterizan (1).

Esta época es simbolizada por la quinta Iglesia, y por el sello, la trompeta, y la alabanza del mismo número; comienza en Lutero, y acaba en nuestro siglo (2).

(1) Sie Holzauser, Tom. I, p. 153, Wulleret.

(2) Holzauser hace llegar esta edad hasta el nacimiento del Anticristo, *nativitatem*. El Rdo. Wulleret traduce nacimiento, por aparicion. Esta traduccion nos parece arbitraria. Tom. I. página 198, Wulleret. El Anticristo puede no aparecer ni obrar como tal, mucho tiempo despues de su nacimiento.

(1) Dichoso el que aguarda y alcanza hasta el día mil trescientos treinta y cinco.

blos. Os habeis adherido al error y al mal por una *falsa política*, en todos conceptos funesta, que ha roto los vínculos sociales, extraviado a los pueblos, y desterrado de ellos todos los buenos principios. Habiendo apenas conservado un resto de fé al desbordarse las revoluciones, que han trastornado la tierra, habeis temido á los hombres, y no á mí; habeis creído que podríais conservar mi religion, sacrificando una parte de la verdad, que vosotros mismos habiais enseñado; y os habiais dejado cegar, hasta el punto de lisonjearos, que el crimen y el error triunfantes pudieran nunca serme gratos, defender, y proteger mi ley. Por esta razon, es tan asombroso el número de los que me han negado, han apostatado, y están muertos; y asombroso es tambien el número de los que morirán á la verdad, si no os dispersais, y no los confirmais en ella (*Esto vigilans, et confirma cetera que moritura erant, v. 2*). Vosotros os creéis vivientes, y el mundo lo cree tambien, porque los tiempos siguen abiertos, y continua en ellos el culto; mas estais verdaderamente muertos, puesto que no os animan, ni os mueven ya, ni el celo de mi casa, ni la gloria de mi nombre (*Nomen habes quod vivas et mortuus est, v. 4*). Vosotros, que tan facilmente recordais las cosas terrenas y temporales, recordad tambien los dones que se os han dispensado, las enseñanzas que os ha dado el admirable Concilio de Trento (1), y todas las gracias que han llovido sobre vosotros; *no tengis por más tiempo escondidos bajo ruinas los preceptos del derecho divino* (2); ántes bien sacadlos á la luz del sol, ponelos en práctica, haced penitencia, para reconciliaros conmigo (*In mente ergo habe quater accepisti, et audieris, et serva et penitentiam age, v. 3*).

Esta tibieza, esta defeccion, y esta indiferencia, que han invadido las filas todas de las profesiones más santas, que han maldado las sociedades, dejando apenas en ellas algun vestigio de Cristianismo, son las que han reducido á un número tan exiguo y diminuto el de mis servidores, que no han empuñado la blancura de sus vestidos, ni doblado la rodilla al moderno *Dáal*, de modo,

(1) Sto Holzauser, Tom. I, p. 474, Wullerel.

(2) Carta del Sr. Arzobispo de Friburgo. *Universa*, 24 Abril 1855.

que facilmente podria contarseles y llamar-seles por su nombre (*Sed habes pauca nomina in Sardis, qui non inquinaverunt vestimenta sua, v. 4*). En cuanto á estos mis fieles amigos, yo haré que formen parte de mí séquito, luciendo su blanca toza, porque se han hecho dignos de ella (*Et ambulabunt mecum in albis quia digni sunt, v. 4*). Yo me portaré con igual misericordia con respecto á todos los que, imitando su ejemplo, habrán salido victoriosos (*Qui vicierit sic vestietur vestimentis albis, v. 5*). No se borrarán sus nombres del libro de la vida (*Et non delebo nomen ejus de libro vite, v. 5*); y en premio de haberse resistido á negarme, y á apostatar de mi religion, y de haberme confesado, y servido públicamente en presencia del mundo, los reconoceré, y confesaré, á mi vez, sus nombres delante de mi Padre, y de sus Angeles (*Et confitebor nomen ejus coram Patre meo et coram Angelis ejus, v. 5*).

¿Tal es la Iglesia de Sardis!... ¿Hemos desecertado al calificarla de misera é infelicitada? La profecía de San Juan ¿no viene confirmada en todas sus partes por la historia moderna y contemporánea?

ARTÍCULO II.

I. El quinto sello, atribuye á la quinta Edad el mismo carácter que le señala la quinta Iglesia.

Desde su apertura, así las almas de los mártires, que hallábanse bajo del altar, como tambien los fieles viadores, elevan al trono de Dios sus quejas en estas sentidas palabras: ¿Hasta cuándo, Señor, que sois santo y veráz, diferís el juicio de esos hombres, que se dejan arrastrar por sus pasiones, por su propio espíritu, por su amor propio, por su propia voluntad, cual si vos no fueseis su Dueño, su Padre, su Rey, su Criador, su Dios? ¿Hasta cuándo sufriréis, que vuestros fieles sigan en el opróbrio y en la opresion? ¿Cuándo vengareis nuestra sangre contra los habitantes de la tierra, que tan injusta y cruelmente la derramaron? (*Et cum aperuisset sigillum quintum, cecit subito altare animas intersectorum propter verbum Dei, et testimonium quod habebant, et clamabant voce magna dicentes: ¿Usquequo, Domine (sanctus et verus), non judicatis, et non vindicatis sanguinem nostrum de his*

qui habitant in terra? Apoc. VI, 9, 10.) (1).

Diríase, que al oír las quejas de sus siervos, va á contestar el Todopoderoso lanzando sus vengadores rayos; mas no es así; dá á los que por su amor han padecido, y á los que padecen aun, un vestido blanco para confirmáreles en el bien, conforme lo promete á la quinta Iglesia (*Et date sunt illis singula stola alba. Inv. VI, 11*); les exhorta á sobrelevar aun, por algun tiempo, las injusticias humanas, hasta que se complete, no solo el número de sus hermanos, que, como ellos, deben servir á Dios, si que tambien el de los que deben dar testimonio á Jesucristo por el martirio, como se lo han dado ellos (*Et fratres eorum qui interficiendi sunt sicut et illi. Inv. VI, 11*).

La quinta Iglesia, pues, lo mismo que el sello quinto, nos ponen de manifiesto, que la Providencia divina, por motivos infinitamente sabios, que no nos corresponde juzgar, y que debemos adorar, por mas que no podamos comprenderlos; permite que el mundo obre segun sus caprichosos antojos, sus orgulosas ideas, sus appetos desordenados, sin descargar sobre los hombres alguno de aquellos golpes terribles, que los despiertan si están dormidos, y les obligan á renunciar á su tibieza é indiferencia. Los santos y los justos elevan al cielo sus voces y sus lágrimas; empero, Dios no estima aun llegado el momento de escuchar sus peticiones; por el contrario, les invita á padecer todavía con paciencia por algun tiempo. Al parecer, el Señor en nada interviene de cuanto se pasa aqui abajo, ni para juzgar, condenar, ó castigar á los malos, que dominan y oprimen á los justos, ni para sacar á éstos de la esclavitud y preservarlos de los padecimientos.

II. A esta desgraciada quinta edad, que ve el reinado del hombre inmoral, y la opresion del verdadero Cristiano, el cual para practicar su religion, y hasta para vivir, tropieza á cada paso con toda especie de dificultades; parece referirse de un modo especial la parábola de la cizaña, y del buen

(1) Y cuando hubo abierto el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios, y por ratificar su testimonio, y clamaban á grandes voces diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor (tú que eres santo y veráz), diferís hacer justicia, y vengar nuestra sangre contra los que habitan en la tierra?

trigo, que se lee en el cap. XIII, v. 24 al 30 de san Mateo (1). ¿Por qué se encuentra mezclada con el trigo aquella mala simiente? Porque los hombres, los colonos á quienes incumbe velar sobre el campo del Padre de familias, de Dios, es decir, porque no pocos de los pastores y de los sacerdotes cayeron en una especie de modorra, y se durmieron (*Cum autem dormirent homines. Inv. 25*). ¿Quién sembró esa cizaña? ¿Acaso el demonio? Si; él es; pero no inmediatamente y por sí mismo, porque aun no ha sido por segunda vez desencadenado; sino por medio del hombre vicioso, del hombre carnal, del hombre enemigo de Dios, que es el antagonista del hombre espiritual, del hombre interior (*Cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus, et superseminavit zizaniam in medio tritici. Inv. 25, et ait illis: Inimicus homo hoc fecit, v. 28*). ¿Cual es la conducta del Omnipotente en orden á esa mala yerba? ¿Dispone, que en el acto sea arrancada, como se lo proponen sus dependientes (*Servi autem dixerunt ei: ¿Vis iturus et colligimus ea? v. 28*), segun lo solicitan los mártires y los justos despues de la apertura del quinto sello (*Apoc. VI, 9 et 10*)? No; porque teme, que arrancando la cizaña, arranquen tambien junto con ella el trigo; que enviando castigos sobre una generacion casi entera de indiferentes y de apóstatas, sufran al mismo tiempo los verdaderos fieles (*Non, ne forte colligentes zizaniam, eradicetis simul cum eis et triticum, v. 29*); por cuyo motivo manda á sus operarios, que denjen crecer el grano y la cizaña hasta la siega, que no está muy distante, es decir, que denjen, que mudandos y justos sigan en el mundo sus respectivas ideas é inclinaciones, hasta que llegue la siega de la tierra, y pise el lagar del vino del furor de su ira (*Sinitive utraque creascet usque ad metem, v. 30*); porque entonces la cizaña, ya madura, se reconocerá facilmente; y arrancada con acierto, será arrojada al fuego; mientras que el trigo será cuidadosamente metido en su granero. *Et in tempore messis dicam messoribus: (Colligite primum zizaniam, et alligatæ ea in fasciculos ad comburendum;*

(1) Holzauser (tom. I, p. 147, Wullerel) aplica esta parábola á la cuarta edad; creemos que, en general, puede aplicarse á todas las edades, pero de un modo especial á la quinta. Holzauser, por fin, abraza nuestra opinion, en el tom. I, p. 178.

triticum autem congregat in horreum meum, v. 30).

Los siervos del Padre de familias no se aperchibieron inmediatamente de la cizaña mezclada con el trigo; hubo de transcurrirle algún tiempo para que la yerba creciera y se desarrollara. Hasta entonces, el trigo y la cizaña se parecían tanto, que con dificultad se distinguía el uno de la otra, y con harta frecuencia se confundían; del mismo modo, los principios erróneos, que en la quinta edad todo lo trastornarán en el mundo, parecían descender del cielo, mientras que brotaban de la naturaleza viciada y subían del infierno. Muchas son las personas que se han dejado y se dejan todavía fascinar por esa semejanza; y entre esos ilusos, figuran no pocos servidores del Padre de familia, cuyo letárgico y culpable sueño ha facilitado al hombre enemigo (inimicus homo) la propagación de tan detestable semilla (1).

(1) En diferentes pasajes de las revelaciones de Sor Natividad, vemos fundarse la doctrina que venimos emitiendo.

Tomo I, p. 291. «La moderna filosofía aparentará respetar la religión; se esforzará en persuadir, que su único objeto es protegerla y conducirla de nuevo a su primitiva perfección.» (1).

«Los estragos de tamaña filosofía deben tener un término (2). La religión y la Iglesia la sobrevivirán... No es desesperado el estado de los asuntos religiosos... Por otra parte, la causa más poderosa de las humillaciones de la Iglesia la tenemos en los escándalos de los malos eclesiásticos.»

Tomo II, p. 271. «Los crímenes más sensibiles a J. C., son las infidelidades y las prevaricaciones de los sacerdotes relajados... que profanan los sacramentos, deshonran su sacerdocio, y hacen blasfemar su santo nombre... Ellos han distraído los bienes de mi Iglesia... con detrimento de los pobres.»

(1) Hasta tal punto es verdadero este aserto, que ya en 1789, lo propio que antes de 1830, se ensalzaba a los pobres curas de Aída, mientras se declamaba contra el Episcopado.

(2) Luego el filosofismo no ha de seguir hasta la consumación de los siglos.

ARTÍCULO III

I. La quinta Iglesia nos ofrece la decadencia y la postración del espíritu cristiano, así en los pastores como entre los fieles; el quinto sello nos presenta el predominio de los impíos, y la opresión de los justos, que constituye el estado público y exterior del mundo; veremos ahora en la quinta trompeta la conducta de los malos, que es lo que constituye la primera calamidad, *primum ex* (Aroc. VIII, 12; IX, 12).

En el momento en que el quinto Angel hace oír su trompeta, despréndese del cielo una estrella, que cae sobre la tierra, y recibe la llave del pozo del abismo (*Et quintus Angelus tubá cecinit, et vidí stellam de celo cecidisse super terram, et data est ei clavus putei abyssi*, Aroc. IX, 4). Esta estrella abre el pozo, y hace salir de él un humo negro y denso, semejante al de un

Tomo II, p. 77. «Veo claramente en la Iglesia dos partidos, que van á asolar la Francia; hállase el uno, bajo los golpes de la persecucion; y el otro, bajo la acción del anatema de Dios y de su Iglesia. Ambos partidos han tomado ya su respectivo puesto, el uno á la derecha, el otro á la izquierda de su juez (1), y representan, á la vez, el Cielo y el Infierno. Bien así como en el Calvario, dice J. C., los unos me adoran, me insultan y crucifican los otros; pero, mi pasión triunfará de éstos y hará que triunfen aquéllos.»

Tomo IV, p. 407. «Toda la Iglesia se ha puesto en movimiento para derribar ese árbol (el árbol de la revolución, del cual hablaremos más adelante); lo que se intenta es arrancarlo de cuajo, pero yo no lo quiero. Por medio de sus oraciones, y con sus gemidos, que me llegan al corazón, me tostan los fieles; sus lágrimas serán benditas. Yo anticiparé el tiempo de echar por tierra este árbol.» (2).

(1) Estas palabras, la derecha y la izquierda, son harto conocidas, para saber á cual de ellas pertenece el bien ó el mal.

(2) Esto concuerda con las palabras del capítulo XXIV de San Mateo; *Sed propter electos breviabuntur dies illi.*

grande horno, y con el humo oscurece el aire y el sol (*Et aperuit puteum abyssi, et ascendit fumus putei, sicut fumus fornacis magnæ; et obscuratus est sol, et aer de fumo putei*, Inid. 2).

Del humo del pozo salen langostas, que se difunden por toda la tierra, y que reci-

Tomo II, p. 78. «Entretanto, yo permito que sus impías maquinaciones, rindan á su odiosa memoria los honores todos debidos al valor y á las bellas acciones de los hombres virtuosos; pero las cosas cambiarán de aspecto... le llegará su turno á mi justicia, que triunfará de los unos, y hará triunfar á los otros (1). Es justo que, por último, la virtud oprimida se deje ver triunfante de sus opresores; es necesario, que cada cosa vuelva á ocupar el lugar que le corresponde.»

Tomo IV, p. 400. «Abrazáronse con la paciencia durante un largo período de tiempo; si el Señor *difere de volar á vuestro socorro*, sometámonos á su santa y adorable voluntad, y esperemos, que indudablemente vendrá, más pronto ó más tarde.»

Tomo IV, p. 401. «Consolémonos una vez más; cuando haya llegado la hora del Señor, puesto que háse comprometido «obrar ese bellissimo milagro, todo se arreglará.» (2).

Tomo I, p. 304. «La nueva constitución, á los ojos de muchos, aparecerá al revés de lo que es en realidad: se la bendecirá como un don del cielo, cuando no es otra cosa que un aborto del infierno, que el cielo consiente en su justo furor. Los resultados que produzca, serán los que forzaran á reconocer al dragon (3), que todo lo quería devorar y destruir... Día vendrá en que mi Iglesia anatematice y aniquile el vicioso principio de esa Constitución.»

(1) Probablemente por medio de la justicia, que ejercerá el Señor, contra los que habrán abusado de su misericordia.

(2) El cambio será, pues, un bellissimo milagro. Los que conocen el estado actual, no podrán menos que calificar de gran milagro la conversión general de la sociedad.

(3) Obedrése la conformidad de las revelaciones de Sor Natividad con el Apocalypsi, capítulo XII, 12; donde se trata del dragon, que acomete á la Iglesia.

ben un poder semejante al del escorpion (*Et de fumo putei exierunt locustæ in terram, et data est illis potestas, sicut habent potestatem scorpiones terra*, Inid. 3). A las langostas se les manda no hacer daño á la yerba de la tierra, ni á cosa verde, ni á ningún árbol; sino solamente á los hombres que no tienen la señal de Dios en sus frentes (*Et preceptum est illis ne laderent fenum terræ, neque omne viridè, neque omnem arborem, nisi tantum homines, qui non habent signum Dei in frontibus suis*, Inid. 4); y se les encarga, que no maten á esos hombres, sino que los atormenten por cinco meses; y los dolores que causan, son como los que experimentan los hombres picados por el escorpion (*Et datum est illis ne occiderent eos, sed ut cruciarent mensibus quinque, et cruciatús eorum ut cruciatús scorpionis, cum percussit hominem*, Inid. 5).

Esa estrella, que cae del cielo, es un sacerdote, es Lutero. Herido en lo más vivo de su orgullo, porque la santa Sede no encargó á la Orden religiosa á que pertenecía, predicar las indulgencias en Alemania, lo que le hubiera ofrecido oportunidad de meter ruido, y darse importancia, se levanta contra las mismas indulgencias. La lógica, siempre inflexible, ya sean falsos, ya verdaderos los principios que se establecen, lo condujo á atacar la satisfacción, la penitencia, la contrición, y el sacramento, instituido por nuestro divino Maestro, para perdón y remisión de los pecados. Después de esta negación, atendido que todo hombre, hasta el justo, peca, y que la santidad y la justicia de Dios son infinitas; no le quedaba otro recurso, que negar á todos la felicidad eterna, fin de la Redención, y condenarles al fuego eterno, inutilizando los padecimientos y la satisfacción del Redentor; y para eludir esta horrible consecuencia, que se deduce de las premisas por ét sentadas, no ménos que de la infinita justicia de Dios, llega hasta negar en el hombre

Tomo I, p. 278. «Ciegos, que van á ennegrecerse, y se están ya entregando á una alegría, que será seguida de muy copiosas lágrimas. Ellos bendicen una revolución, que no es más que un evidente castigo. «Ellos ponderan la libertad, cuando se les viene encima la esclavitud.»

el pecado mismo. Dios, según él, es quien comete el pecado en el hombre, en virtud del sistema irracional de la indiferencia de las obras, y de la santificación por la sola fe; empero, luego, contradiciéndose, reconoce la existencia del pecado, y pretende, que Jesucristo lo borró para siempre con su sangre en la cruz, por cuyo motivo el hombre nada debe hacer para expiarse. Rechaza el dogma del purgatorio, y pone por fundamento de nuestra salvación la predestinación gratuita, arbitraria, inmotivada, contra la cual nada pueden los crimenes que se cometen; como tampoco de nada sirven para asegurarla las obras buenas que se hacen. Va más lejos aún: halla un bien en la perpetración del mal, porque hace más eficaz y abundante la satisfacción que Jesucristo le dió; en este concepto, exhorta a sus sectarios *á pecar, á pecar fuertemente, y á pecar siempre*, para que brille más y más aquella satisfacción; condena la virtud, y glorifica el vicio; y para que su ejemplo sirva de estímulo á sus discípulos, seduce á una religiosa, la obliga á abandonar su claustro, y termina la misión, que le confiara Satan, como suelen concluir las comedias, por un matrimonio; cuya celebración difiere, sin embargo, para cuando sea ya padre, y posea la certeza de que su *cara mitad* no ha de ser estéril.

Este fraile impetuoso, y devorado por los ardores de la lascivia, es emplazado ante la corte de Roma; más se rebela contra ella; niega su autoridad; y siendo la personificación del crimen, y de la inmundicia, se declara superior al Sumo Pontífice, cuya delegación divina se atreve á negar. Se le cita ante el tribunal del sentido común, ante el del sentido moral, y particularmente, delante del tribunal de la divina palabra contenida en la Sagrada Escritura; pero para el apóstata de Wittenberg, no hay sentido común, ni sentido moral; tuercle la significación, por evidente que sea, de los textos de la Escritura; suprime la mayor parte de las que le confundan; y como principio fundamental de su pretendida Reforma, asienta, que cada individuo puede, y hasta debe interpretar, y explicar á su antojo todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, formarse una religión á su gusto; destruyendo con esto, la unidad de fe, de moral, de culto, etc. etc, todo lo que constituye la esencia de la religión.

No había sido todavía desencadenado Satán, cuando apareció ese hombre bastante vil, harto malvado, para prestarse á ser instrumento suyo; hallábase á la sazón donde le encerró el Angel (Aroc. XX, 1, 2, 3); y Lutero, para penetrar en él, y aprender de Satán sus monstruosas doctrinas, hubo de recibir la llave del abismo, y abrir su pozo.

Todo eso hizo Lutero; adelantóse hasta los últimos linderos del mal; sacó de aquel pozo los errores, no menos numerosos que funestos, que, cual espeso humo, difundióse por toda la Europa, oscureciendo el buen sentido, que es la atmósfera del hombre racional, y la verdad religiosa, que es el sol de las inteligencias. En fin, Lutero fué el *hombre enemigo* (inimicus homo), que sembró la cizaña entre el buen trigo.

De aquellas oscuridades surgió una multitud de langostas, es religiosos, esos sacerdotes, esos pastores impudicos, ó avidos de los bienes terrenales, que, en gran número, se declararon en favor de la rebelión en Francia, en Alemania, en la Escandinavia, en Inglaterra, en Escocia, en Dinamarca y en Suiza; esos soberanos, avidos de satisfacer sus pasiones, de sacudir todo yugo, de poner su mano sacrilega en los bienes de la Iglesia, de acrecentar su poder, y su tiranía, declarándose jefes y dueños de sus pueblos en el órden espiritual, como lo eran ya en el temporal; y por último, esos pueblos, que no respiraban sino depravación y lujuria, que estaban impacientes por ver la hora de emanciparse de toda ley, de toda religión, de todo gobierno y de todo poder.

Sin embargo, no lograron estos ministros del infierno, anodnar la Iglesia de Jesucristo; porque no se les permitió dañar á la yerba de la tierra, que es alimento de las almas; ni á *cosa verde*, que entraña la gracia; ni á los arboles, que representan la jerarquía sacerdotal. Debieron contentarse con atormentar á los hombres, con berfies, y hacerlos padecer. Por espacio de ciento cincuenta años, trastornaron la Europa con numerosas guerras, que promovieron hasta entre ellos mismos. Por todas partes reinaba la desolación; buscábase la muerte, y se la invocaba como término de tantos males, que no era dable evitar; pero, la muerte huía de ellos (*Et in diebus illis quaerent homines mortem, et non inveniunt eam,*

et desiderabunt mori et fugiet mors ab eis, Aroc. IX, 8). A todos esos excesos se entregaban los Reformados, porque eran batalladores, y guerreros, semejantes á caballos dispuestos para el combate, aun cuando no fuesen sino hombres; porque tenían encima como corazas de fuego, y el ruido de sus alas se parecía al estruendo de los carros tirados de muchos caballos, que van corriendo al combate; y ceñían coronas de oro tomadas en el saqueo, según su costumbre, puesto que dominaban la tierra, y, habiéndose hecho los arbitros de la verdad, se habían constituido por lo mismo sus propios dueños (*Et similitudines locustarum, similes equis paratis in praelium... et facies earum, tamquam facies hominum, Iud. v. 7; et habebant loricas, sicut loricas ferreas, et vox alarum earum sicut vox currum equorum multorum currentium in bellum, Iud. v. 9; et super capita eorum coronae similes auro, v. 7*).

A pesar de todo, aquellos hombres, que debían estar cortidos en las falgas, y, por lo mismo, insensibles á los encantos del mundo, eran afinados, y esclavos de todos los deleites sensuales; de modo, que teniendo dientes de león, lucían una larga cabellera, cual si fuesen mujeres (*Et habebant capillos sicut capillos mulierum, et dentes earum sicut dentes leonum erant, Iud. 8*) (1).

Los que disienten de nuestro modo de ver, podrán objetarnos, que si admitimos, que la estrella que cae del cielo, figura Lutero, el fundador de la Reforma, no podemos en contradicción con nosotros mismos, porque, tratándose de un hereje, debía ser representado por el caballo negro del tercer sello; más se renunciará á esta objeción, desprovista de interés, si se considera el principio vital del Protestantismo, que no es una herejía propiamente dicha, puesto que no ataca tal ó cual dogma de nuestra fe, según la práctica de los anteriores heresiarcas; sino que es, al contrario, una protesta contra la verdad, que Lutero autoriza á negar por completo, sustituyendo

á la autoridad de la Iglesia, y por consiguiente, á la autoridad del mismo Dios, la razón individual, que él erige en árbitra y dueña del sentido de las Santas Escrituras; de tal suerte, que la Reforma es representada con toda exactitud por el humo denso que sube del pozo del abismo; humo, que oscurece el ambiente y el mismo sol; y por una consecuencia indeclinable, ha debido conducir los hombres al filosofismo, y al racionalismo, esto es, á la soberanía de la razón humana en todo, y por todo, y á la ruina total de la soberanía de Dios.

II. Por esta razón, aquellas langostas, que reinaron cinco meses, ó sea, ciento cincuenta días (que equivale á ciento cincuenta años, poco más ó menos, contando año por día, como en Ezequiel), tienen *colas*, colas de filosofastros y de racionalistas, parecidas á las colas de los escorpiones, que terminan en aguijón. Dichas colas, recibieron el poder de hacer daño á los hombres por otros cinco meses, ó lo que es lo mismo, por otros ciento cincuenta años (*Et habebant caudas similes scorpionum, et aculei erant in caudis earum: et potestas earum nocere hominibus mensibus quinque, Aroc. IX, 10*). Y, en efecto, el reinado del filosofismo empezó en tiempo de Luis XIV, después de la revocación del edicto de Nantes, y ha continuado sin oposición formal hasta nuestro siglo; lo que dista mucho de probar, que se haya extinguido, hecha ya veinte ó treinta años; porque, por un lado, las operaciones morales no desaparecen en un día fijo; y por otro, veremos luego, que, en la época aludida, experimentó grandes contradicciones, pues adversarios poderosos procuraron detener su marcha; adversarios, que se han multiplicado, y le han causado heridas mortales.

Por lo visto, la quinta trompeta concuerda admirablemente con la quinta Iglesia, y con el sello quinto para caracterizar esta lastimosa edad, y darle, poco más ó menos, el tiempo y la duración que le señalamos.

El venerable Holzauzer, que en lo concerniente á la quinta Iglesia comparte nuestra opinión, se separa de ella en lo relativo al quinto sello, y á la quinta trompeta. En este sello, no acierta á ver otra cosa (Iom. I, p. 281, etc. Wullerel), que la continuación de las persecuciones romanas desde Traja-

(1) Holzauzer, (Tom. I, pág. 370, Wullerel) en esos caballos de mujer, porque son largos va figurada la fuerza. Esta idea no nos parece admisible. Otra es la forma bajo la cual se representa la fuerza.

no á Diocleciano. Esta opinion es injuriosa á los mártires de aquellos primeros siglos, quienes, lejos de quejarse de las tribulaciones, corrían, por el contrario, á la muerte llenos de gozo; y con gusto hubieran sacrificado mil vidas por el nombre de Jesus, si de mil vidas hubiesen podido disponer. Además; esta opinion falsea la historia de la Iglesia, y los datos positivos que ésta posee; en primer lugar, porque los tiempos en que debe completarse el número de los mártires, son los más inmediatos á la fin del mundo, y no los siglos más cercanos á la cuna de la Iglesia, los que ni siquiera fueron testigos del fin de las persecuciones del imperio Romano; persecuciones, que, propiamente hablando, no forman juntas sino una sola; la persecucion del Paganismo; y en segundo lugar, porque Holzauser no incluye en su cómputo la última persecucion, la que fué más fiera, de mayor duracion, y que puede considerarse como el complemento de las de los primeros tiempos.

Prende Holzauser, que la quinta trompeta (T. I, p. 347, etc. Wullerel) representa el Arrianismo, y los pueblos bárbaros, que habiendo adoptado aquella herejía, infestaron el imperio Romano, hasta el año 527 de nuestra era. En esta parte, está en contradiccion consigo mismo, toda vez, que ya en la primera trompeta, no aseguró, que venia figurado Arrio; y asienta, además, una imposibilidad cronológica; porque, habiendo nacido esta herejía en el siglo IV, y debiendo, á juicio del mismo Holzauser, durar trescientos años, (resultado de los ciento cincuenta años de las langostas, y de los ciento cincuenta de sus guerras) el Arrianismo no hubiese debido terminar sino en el siglo VII, y no en el año 527, que pertenece al VI. (1)

III. Despues de haber hablado de las langostas, y de su reinado, de sus colas, y del tiempo de su potestad, añade san Juan, que reconoció por su rey al Angel (al Enviado) del abismo, que en idioma hebreo se llamaba *Abaddon*, en griego *Apollyon*,

(1) A pesar de esta discrepancia, Holzauser (T. I, p. 161, Wullerel), compara los herejes de la quinta edad á las langostas, en las cuales más tarde descubre al emperador Valente y á los Arrianos.

y en latin *Exterminans*, ó sea, el Exterminador (*Et habebat super se regem Angulum abyssi, cui nomen hebraicè Abaddon, grecè autem Apollyon, latinè habens nomen Exterminans*, Apoc. IX, 10, 11).

¿En qué época reconocieron á este soberano? El Profeta no hace mencion de él sino al trazar la historia de las langostas, y de sus colas; lo que nos induce á creer, que este nuevo rey se presenta despues de las langostas, y en los últimos dias del poder de sus colas.

Un rey no solo es el jefe y el conductor de su pueblo, sino que, además, lo manda, lo corrige, lo refrena; le obliga á hacer lo que por su propia voluntad no abia. Ese rey, que será el Ángel, el Enviado del abismo, logrará domoñar y disciplinar las consabidas langostas y sus colas independientes, que se negaban á reconocer cualquiera clase de autoridad, ó de superioridad, y que en abierta rebelion contra los poderes legitimos y regulares, se arrastrarán servilmente á los pies de un poder salido de su seno.

¿Cuál es el nombre de ese rey? Por antonomasia se le llama el Exterminador, que se traduce en hebreo por *Abaddon*, y en griego por *Apollyon*.

Ese retrato y los datos históricos nos persuaden, que ese rey es el que al fin del siglo pasado, y en los quince primeros años del siglo presente, encontrando entronizados la anarquía y la revolucion, supo sobreponerse á ellas, sojuzgarlas, reglamentarlas y disciplinarlas, dándoles una jerarquía, una nobleza, una organizacion, y haciendo brotar cierto orden exterior del fondo mismo del desórden y del caos social. El mundo entero tuvo conocimiento de él, pues nadie en grandeza le igualaba. Su fama se difundió por todas partes, desde el estrecho de Behering á la Tierra de Fuego, del Japon á Méjico. Personalmente, ó por medio de sus mariscales, hizo la guerra en las cuatro partes del globo. Los más renombrados capitanes de la antigüedad, Alejandro, Anibal, César, Tamerlan, Soliman, Gengis-Kan, conquistaron, como él, inmensas regiones: ninguno, empero, de ellos, en tan corto tiempo, libró tantas batallas, consiguió tantas victorias, ni hizo tantas victimas. Subido del abismo, esto es, salido de las filas de los filósofos, y de los revolucionarios, quizás hubiese consumado el cisma que se inició á consecuencia del cautiverio

del Sumo Pontífice; pero su claro juicio y su instinto de autoridad, y de órden, no le permitieron adoptar la herejía. La letra que precede á su nombre, que lo empieza, y lo termina, no crea un nombre nuevo; indica únicamente, que es el Exterminador de los tiempos modernos; pues ha habido muchos otros en las diferentes edades de la Iglesia, y su desaparicion de la escena del mundo señala el término del primer ay (*Vae unum abii*. Apoc. IX, 12.) (1).

ARTÍCULO IV.

La quinta alabanza, el honor (*honorem*, V, 12), cuadra perfectamente á la quinta edad. Era muy justo, que el cielo y los fieles de la tierra tributasen los debidos honores al Cordeiro, para desagrarle de las injurias, desprecios, y blasfemias, que por todas partes se vomitaban contra Él.

ARTÍCULO V.

El Apocalypsi no es el único Libro sagrado, que de un modo tan deplorable caracteriza las tres últimas edades de la Iglesia, excepto la parte que se refiere á la iglesia de *Fidelfia*, y entre ellas la quinta edad, de que nos hemos ocupado en el presente capítulo. La profecía de san Juan es corroborada por algunos pasajes de las Epistolas de los Apóstoles.

No puede negarse, que hay entre el clero y el pueblo una correlacion necesaria. Si el primero es tibio, y relajado, lo será todavía más el último, y caerá finalmente en la indiferencia. Si aquél se deja guiar por motivos humanos, ó como un padre de familia que, por atender á los intereses materiales de sus hijos, tiene cierta ambicion, corre tras los bienes de la tierra, se agita para

procurarse holgura, comodidades, y ciertos placeres; el pueblo, que de seguro le imitará, irá más lejos que él; perderá de vista los consejos y los preceptos del Salvador, y acabará por apostararse de la fe. La quinta edad nos revela la frialdad y la postracion del sacerdocio. El quinto sello nos manifiesta la dominacion del mal, y la opresion del bien; y la quinta trompeta nos descubre el completo triunfo de la apostasia y del racionalismo.

San Pablo, anunciaba todos esos sucesos, cuando escribía á los fieles de Tesalónica (II Erisr. II, 3): «No os dejéis seducir de nadie en ninguna manera, porque la segunda venida del Hijo del hombre no se verificará, sin que primero haya acontecido la apostasia, y aparecido el hombre del pecado, el hijo de la perdition.» (*Ne quis vos seducat ullo modo, quoniam nisi venerit accessio primium, et revelatus fuerit homo peccati, filius perditionis.*)

En el primer capítulo de su Epistola á los Romanos, el mismo Apóstol ha hecho una descripcion exacta de nuestro siglo, y de los tiempos que han de seguirlo, en las palabras siguientes: «Dios los ha abandonado á los deseos de su depravado corazon, para que hagan lo que no conviene. Ellos están llenos de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de perversidad, de envidia; son homicidas, pendenciosos, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes á sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, desleales, desapiadados.» (*Tradidit illos Deus in sensum reprobum, ut faciant ea que non conveniunt* v. 28; *repleti omni iniquitate, malitia, fornicatione, avaritia, nequitiâ, plenos invidia, homicidio, contentione, dolo, malignitate, ausrurones* v. 29; *detractores odibilis, contumeliosos, superbos, elatos, inventores malorum, parentibus non obedientes*, v. 30; *insipientes, incompósitos, sine affectione, absque federe, sine misericordia*, v. 31).

No solo condenaba el Apóstol á los que vivían en los primitivos tiempos de la Iglesia, si que, también á los que, habiendo sido llamados más tarde á la posesion de la verdad, la abandonaron en el transcurso de los siglos (*Qui cum justitiam Dei cognovissent, non intellexerunt quantum qui talia agunt*

(1) Holzauser (T. I, p. 281 á 288, Wullerel) quiere, que este exterminador sea Lutero, y que sea el mismo Lutero el sexto Ángel que viene en seguida del mismo capítulo IX, v. 13, y que no se presenta sino despues del primer ay, y cuando el exterminador ha desaparecido. Todo es contradictorio. Lo uno excluye lo otro.

digni sunt morte (1); y contaba entre los culpables, tanto a los que cometen el mal, como a los que directa ó indirectamente lo consienten por su descuido y por su debilidad (*Et non solum qui ea faciunt, sed etiam qui consentiunt facientibus*: v. 31).

Si á todas las edades son aplicables las advertencias que á los Romanos dirige San Pablo, no se puede decir otro tanto de las que dirige á los Colosenses, II, 8, donde habla de esa falsa filosofía que, durante más de un siglo ha reinado, y cuyo término no vemos todavía. (*Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam, secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, et non secundum Christum*) (2).

Tampoco es dable aplicar á ninguna edad anterior á la quinta, los avisos que San Pablo dá á su discípulo Timoteo, en la II Epist. III, 4 á 6, en las siguientes frases, repeticion de las palabras dirigidas á los Romanos: *Hoc autem scito, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa, erunt homines seipso amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemii, perentibus non obediens, ingrati, scelesti, sine affectione, sine pace, criminatores, incantantes, inimici, sine benignitate, proditores, protervi, timidi et voluptatum amatores magis quam Dei; habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem ejus obnegantes* (3).

En parecidos términos se expresa San Pedro, al hablar de los postreros siglos del mundo, cuando dice en su II Epistola, III, 3: *Hoc primum scientes quod venient in novissimis diebus in deceptione iniquorum, justa*

(1) Los cuales, habiendo conocido la justicia de Dios, no han comprendido, que los que tales cosas hacen, son dignos de muerte.

(2) Estad sobre aviso, para que nadie os engañe por la filosofía y sus vanas sutilezas, segun la tradicion de los hombres, conforme á las máximas del mundo, y no conforme á la doctrina de Jesucristo.

(3) Has de saber, que en los dias postreros sobrevendrán tiempos peligrosos: levantaránse hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos,

propias concupiscencias ambulantes (1); con los mismos colores les habia ya pintado en la misma Epistola, II, vv. 10 á 22; y San Juan, en su Epistola Católica, recuerda con sentidas frases estos mismos vaticinios, vv. 12 á 19.

Tales serán los últimos tiempos, tal la generalidad de los espíritus: los Apóstoles, divinamente inspirados, nos lo anunciaron, hace ya más de diez y ocho siglos. Hé aquí lo que fueron los hombres en la quinta edad, segun el Apocalypsi de San Juan; y tales fueron desde el establecimiento de la Reforma, hasta la actualidad. Los pueblos extraviados han perdido la brújula, no saben donde se encuentran, ni á donde se dirigen entre un diluvio de sofismas. Hánselo surgir multitud de falsos profetas, enseñando doctrinas buenas en apariencia, pero en realidad perniciosas *Et multi pseudo-propheta surgent et seducunt multos*, EVANG. MAT. XXVI, 11); y, por la inundacion de los vicios, háse resfriado la caridad de muchos (*Et quoniam abundavit iniquitas, refrigeret charitas multorum*, Iud. 12). Lo que caracteriza á los sabios de nuestra época, no es tanto el extravío del espíritu, como la perversidad del corazón, y la rebelion de la voluntad. La verdad los alumbraba por todas partes, y los deslumbraba; les presenta sus pruebas, de las cuales, la primera y principal, es su existencia de mil ochocientos años en medio de que no puede, empero, destruir, porque viene del cielo; y esos desdichados se fabrican á su gusto una verdad, que no es otra cosa que una manifiesta mentira, como en sus adentros lo reconocen y confiesan; pero, que por su odio á Dios y á Jesucristo, sostienen, hasta que el sentido comun les obliga á desistir de su temeraria empresa. Lejos

tos, facinerosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, fieros, inhumanos, traidores, protervos, hinchaos, y más amadores de deleites que de Dios: mostrando, sí, apariencia de piedad, pero renunciando á su espíritu.

(1) Estando ciertos ante todas cosas, de que vendrán en los últimos tiempos impostores artificiosos, arrastrados de sus propias pasiones.

CAPÍTULO III.

ULTIMOS TIEMPOS DE LA QUINTA EDAD Y PRIMEROS DIAS DE LA SEXTA.

I. Lutero habia establecido el principio de la soberanía de la razon individual, en la interpretacion de las santas Escrituras; de este principio, el filosofismo, que es la consecuencia de la Reforma, dedujo la independencia de la razon con respecto á Dios. La fuerza irresistible de la lógica debia sacar del mismo principio la soberanía práctica del pueblo, para trastornarlo todo hasta descalzizar el mundo, haciendo que los pueblos dejaran de amar la monarquía. Para dar este último paso, es más difícil de todos, porque no faltaban fuertes armados, que se aprestaban á defenderse, necesitábase una fuerza sobrehumana.

Por otra parte, los mil años del encierro de Satan en el abismo, habiáanse cumplido ya: el gran dragon salia de la cárcel, y mostrábase á la tierra para seducirla de nuevo.

El capítulo XII del Apocalypsi, ya á retalarlos sus actos.

San Juan descubre en el cielo un gran prodigio. Una mujer vestida del sol, cual si fuera un ropaje, teniendo la luna á sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas; estaba en cinta, y los dolores del parto la hacian exhalar quejidos, porque sufría grandes tormentos para dar á luz el fruto de sus entrañas (*Et signum magnum*

»necerán del nombre de patriotas, echando
»al suelo todas las leyes civiles, que han
»en la seguridad de la patria; todos los
»principios de patriotismo y de humanidad.
»El asesinato mismo de los ciudadanos y
»de los ministros de la religion, será, para
»esos ciegos voluntarios, un acto religioso;
»y el trastorno de todas las leyes, el más
»sagrado de todos los deberes.» (1).

(1) Estas frases equivalen al axioma revolucionario seguido por todos los partidos (bien entendido, cuando no se hallan en el poder): «La Insurreccion es el más santo de los deberes.» El dictado de patria aun no se conocia, cuando muchos años antes (1789) Sor Natividad dictaba este pasaje.

de volver á la Iglesia, cuando se ven abandonados, corren en pos de otros sistemas, de otras doctrinas descabelladas, de otras mentiras; por cuyo motivo pueden aplicárseles con toda propiedad estas palabras de San Pablo á Timoteo: *Semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes. Quemadmodum autem Janes et Mambres resistenter Moyse, ita et hi resistunt veritati; homines corrupti mente, reprobi circa fidem*, v. 7 et 8. (1) (*).

(1) Hombres que andan siempre aprendiendo, y jamás arriban al conocimiento de la verdad. Bien así como Janes y Mambres resistieron á Moisés, del mismo modo estos resisten á la verdad, hombres de un corazón corrompido, réprobos en la fe.

Holzauer aplica, como lo hacemos nosotros, á los hombres de la quinta edad, las palabras de San Judas, Epist. cató. vv. 12 á 19, que son la reproduccion de las de los demás Apóstoles (T. I, pág. 158, Wuilleret).

(*) En el tomo I, pág. 264 á 267, Sor Natividad se expresa en estos términos: «Yo derribaré, dice J. C., esa soberbia arrogante... Esa soberbia, la más insoportable á mis ojos, no es de indole comun, como lo es la del hombre, que se gloria de sus talentos, ó de sus riquezas. Esto no es más que vanidad, que apenas tiene relacion alguna con el orgullo que se levanta contra Dios para disputarle sus derechos, y negarle su obediencia; porque ésta es de igual naturaleza que aquella, que en el cielo sublevó á Lucifer contra el Altísimo... que debe caracterizar la revolucion del Anticristo, que anima ya, y ha siempre animado á sus precursores.

»Esta soberbia, por su naturaleza, halaga
»y corrompe los sentidos, cautiva la imaginacion, y fascina la razon y el entendimiento... Siempre propensa á la novedad,
»y dispuesta al error, se forma sistemas de
»libertinaje y de impiedad. Bien puede la
»evidencia cautivar sus sentidos y la verdad
»atraer su corazón; ella se obstina, cierra
»los ojos á la luz... se empeña en combatir
»la verdad como la más atroz injuria hecha
»al espíritu de Dios... Si; esos monstruos
»crearan ser religiosos, profanando los tem-
»plos y destruyendo la religion... Se enva-